



LA SIERVA DE DIOS TERESA ENRÍQUEZ Y ALVARADO

Honra y Prez de la Nobleza Española

Por FRAY M^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA
Monasterio de Oseira (Orense)

Acabo de hacer una pequeña semblanza sobre Isabel la Católica, ahora que se están haciendo los preparativos para celebrar el V centenario de su muerte. Grata sorpresa fue para mí notar que en muchas ocasiones las noticias de nuestra Reina se hallan entreveradas con las de doña Teresa Enríquez, formando ambas mujeres un dúo admirable en santidad de vida y en dinamismo incansable que las caracteriza. Las dos —cada cual en su campo respectivo— fueron admirables en sus obras, y la raíz de ese dinamismo no es otro que la honda piedad y devoción al Sacramento del altar. De él sacaban la fuerza necesaria para acometer las mayores empresas.

Hace tiempo deseaba dedicar una atención especial a esta mujer cuya huella en historia de España fue muy profunda, tanto por sus grandes obras de arte y apostolado, como por sus eximias virtudes, ponderadas durante su vida en España y hasta en el Soleo Pontificio. Deseaba también darla a conocer porque —junto con su esposo don Gutierre de Cárdenas— son los progenitores de la ilustre Casa de los



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

Duques de Maqueda —conservada hoy en pleno auge— a la cual me siento muy vinculado en el afecto. Quien haya seguido la orientación de mis modestos trabajos en esta misma revista, habrá visto que en más de una ocasión me he ocupado de los Duques de Maqueda.

La razón es sencilla: Ellos fueron familiares próximos del hoy Beato Rafael Arnáiz Barón. Y no sólo eso, a su sombra se forjó la vocación de este joven estudiante de arquitectura hacia la vida del Císter, con el cual me unieron lazos de honda amistad, por coincidir con él en noviciado de la Trapa de San Isidro de Dueñas en la lejanía de 1934. Luego he tenido la satisfacción, no menos grata, de haber contribuido como el primero en que sus virtudes heroicas fueran reconocidas por la santa Iglesia, hasta lograr el honor de los altares en el año 1992. Expuestas las motivaciones del por qué voy a presentar aquí la figura de doña Teresa Enríquez, entro en materia sin más preámbulos.

1. LA FUEZA DEL EJEMPLO

Doña Teresa Enríquez de Alvarado y Villagrán, fue hija de don Alfonso Enríquez de Quiñones, almirante mayor de Castilla, descendiente de Alfonso XI el Justiciero. Según estudios modernos, estuvo casado no una, sino dos veces, la primera con doña María de Alvarado y Villagrán, emparentada con Fernando V de Aragón, tía de san Francisco de Borja y de san Juan de Rivera. De este primer matrimonio —que es sólo el que nos interesa— nació Teresa hacia 1455.

Sobre su nacimiento hay una divergencia notable entre los cronistas. Cada cual aporta su parecer, a veces coincidiendo varios en las mismas afirmaciones, por copiarse unos a otros; otras discordando lo indecible. Por lo general la consideran hija natural del Almirante. La mayoría están de acuerdo en el nombre citado de la esposa, como si se tratara simplemente de una mujer noble, pero distinta de la verdadera esposa. El cronista Téllez de Meneses que escribía en Toledo a comienzos del s. XVI,



anda despistado suponiendo a Teresa hija de una esclava que tenía en casa el Almirante. No obstante, este detalle está superpuesto al texto original de la crónica por una mano extraña.

Aunque doña Teresa hubiera sido hija natural —de lo que ella no sería responsable— no quita ni añadiría lo más mínimo a su grandeza de alma. Los niños nacen inocentes; el único responsable en tal caso hubiera sido su progenitor, fuera de que en el s. xv no se tenía en gran consideración tal origen extramatrimonial. Pero a pesar de la insistencia de los autores en tenerla por hija bastarda, hay un biógrafo moderno que lo desmiente por completo, aportando razones convincentes de que existía verdadero matrimonio entre el Almirante y doña María de Alvarado y Villagrán (1). A nuestro modo de ver, nos parecen sólidas y suficientes las razones aportadas para ir en contra del parecer de los otros cronistas de la época, que —como he dicho— se copian unos a otros sin ahondar en el tema, y basta que uno lo haya escrito, para seguirle todos después.

La particularidad de haber muerto pronto esta señora y no quedar documentos, es la causa de la divergencia entre los cronistas. Se añade una razón más que no deja de tener su peso. En la heráldica de doña Teresa, su hijo don Diego, primer duque de Maqueda, no coloca la barra de bastardía, diagonal desde el ángulo superior de la izquierda al inferior de la derecha del escudo, norma de estricta obligación de colocarla en aquellos tiempos, al decir de los especialistas en heráldica (2).

(1) CASTRO Y CASTRO, MANUEL DE, *Teresa Enriquez, «La loca del Sacramento» y Gutierre de Cárdenas*, Toledo, 1992. En esta preciosa biografía —la mejor que conozco sobre doña Teresa— se encuentra todo cuanto se quiera saber sobre la ilustre matrona que ennoblece a nuestro pueblo.

(2) Además de esas divergencias entre los historiadores antiguos, no son de extrañar, si se tiene en cuenta cómo fácilmente se yerra en la aplicación de noticias. Cita el autor que vemos el caso siguiente de un Real decreto dado en 1981 y promulgado por el Ministerio de Cultura declarando monumento histórico-artístico el palacio construido en Torrijos por don Pedro el Justiciero, convertido después en convento de religiosas Concepcionistas, en el cual se le llama por tres veces Juana en vez de Teresa a nuestra biografiada. Cfr. CASTRO Y CASTRO, o.c., P. 20-21.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

Tampoco se sabe el lugar exacto de su nacimiento. Tres lugares se barajan como probables de haber visto la primera luz: Medina de Rioseco, Valladolid y Medina del Campo, donde todavía se conserva hoy la calle y el Palacio del Almirante, así conocido vulgarmente por haber sido morada de don Alfonso Enríquez, llamado el Almirante por antonomasia. Al morir su esposa María de Alvarado y Villagrán, hallándose embebido siguiendo a la corte en la guerra de Granada, queriendo dejar a la niña en lugar seguro, la confió a su propia madre doña Teresa de Quiñones, hija de los condes de Luna, mujer con fama de virtuosa, de la cual heredó la niña no sólo el nombre, sino también la acrisolada piedad que la distinguía, caracterizada por un amor entrañable a la Eucaristía. En Valdescopezo (3), junto al hospital y convento franciscano en Medina de Rioseco, fundado por ella y su marido Fadrique Enríquez, abuelos de Teresa, pasó sus primeros años en la escuela de tan santa mujer, resultando una alumna fiel reflejo de sus virtudes.

Al lado de la abuela echó profundas raíces en la vida cristiana, aprendió a practicar la caridad en grado elevado, que no consiste solamente en dar lo que se tiene, sino también en darse a sí misma en aras del amor de Dios y del prójimo. Es fama de que se privaba voluntariamente de los goces humanos propios de su alcurnia, entregada a una vida repartida entre la oración y el servicio a pobres y enfermos, a los que atendía por sí misma tanto en el hospital como a cuantos acudían a su palacio demandando socorros. Había mandado construir una celdilla enfrente del altar mayor de dicho convento franciscano, y en ella pasaba todo el tiempo libre que le permitían sus ocupaciones, en oración y contemplación. La nietecita gustaba de acercarse al sitio donde oraba la abuelita, se arrodillaba a su lado y recibía las enseñanzas que le transmitía, sobre todo despertaba en ella la fe viva en la presencia Real de Cristo en el sagrario.

(3) Se halla en el término de Medina de Rioseco. Dicen que aún puede verse parte de los muros y de la huerta del convento franciscano fundado por los Enríquez junto a su mansión, y una fuente donde la niña Teresita refrescaría sin duda sus labios en los días calurosos de estío.



Tan semejante salió a ella, que leyendo lo que de doña Teresa de Quiñones se cuenta en el *Carro de las Donas*, no parece sino que la nieta heredó las virtudes y devociones como si fuera un doble de ella. Allí podía meditar con sosiego en la fugacidad de la vida, allí se agrandaba más y más ante su espíritu transparente sencillo el gran Amor a Cristo escondido y solitario en tantos sagrarios y en tantos corazones, y como lo que se graba en los tiempos de niño bajo el cincel y el dolor difícilmente se olvida, así Teresita saldría con el alma ardiente en deseos de contribuir todo lo posible a que Cristo fuera más conocido, amado y reverenciado por todos los hombres. Cuando llegara la hora, ella pondría en marcha, una campaña ambiciosa para hacer que Cristo no estuviera tan abandonado en los sagrarios y se le prestara toda la reverencia debida. En aquel ambiente de formación en principios que convertiría en programa de toda su vida, transcurrieron los años al lado de su abuela, saliendo una discípula aventajada formada en virtudes para hacer frente a la vida.

Nada de extraño tiene que con la honda piedad aprendida en aquella escuela, y el ejemplo de algunas familiares suyas, la hicieran suspirar por la vida del claustro: «Fue entonces cuando pretendió ingresar clarisa en el convento de Santa Clara, de Palencia, para lo que escribió varias cartas, hoy desconocidas, a su tía la venerable doña Blanca Enríquez, hermana de su padre, religiosa durante varios años en aquel convento (4)» Lamenta el autor que el Señor no permitiera que abrazara la vida religiosa. Es porque la tenía reservada para vivir en el mundo un espíritu de perfecta consagración, siendo una madre modélica de familia que viviría en el mundo sin ser del mundo. Tuvo el feliz acierto de lograr vivir a gran escala las dos vidas, activa y contemplativa, cosa nada fácil de hermanar, sobre todo cuando tenía que sumergirse en tantos problemas como le suponían las continuas fundaciones a las que bien pronto comenzó a dar cima.

(4) Cfr: CASTRO Y CASTRO, Manuel, o. c., p. 24. Este autor añade a renglón seguido las ilustres familias con las que estaba emparentada.



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

Insisto: para mí no hay otro secreto de tantas y tan variadas obras como emprendió, como la vida intensa de sagrario que llevaba de continuo. Se pasaba horas enteras de adoración ante del Señor, quien en pago bendecía todos sus proyectos, sin que esto quiera decir que no le surgieran problemas difíciles de resolver en la mayoría de los casos, al contrario, de continuo aparecían pruebas, a veces bien duras, como hemos de ver pronto. Se cumplió en ella la palabra eterna de Dios en el Eclesiástico: «¡Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación!» (2,1)

2. GUTIÉRRE DE CÁRDENAS

Manuel de Castro nos ofrece muy pormenorizados los orígenes de la familia Cárdenas, en los cuales no es posible detenernos, sino sólo decir que fue descendiente de don Lope de Haro, señor de Vizcaya. Tanto pudiéramos decir sobre él, que tendríamos materia para una obra voluminosa, por lo que nos vemos indecisos sin saber lo que pueda interesar más al lector. Iniciamos el relato siguiendo a Pedro de Gracia Dei, que afirma: «*Gutierre de Cárdenas, por su saber ha privado tanto con los reyes nuestros señores, don Fernando y doña Isabel, que es uno de los señores más ricos de este reino, e comendador mayor de León y contador mayor. Y éste casó con una hija del almirante don Alonso Enríquez. Sus armas son dos lobos azules o cárdenos en campo amarillo, ansi como están aquí (5)*». Aunque desconocemos el año de su nacimiento, Zurita afirma que en 1502 era muy anciano, lo que induce a suponer que debió acaecer alrededor de 1440.

Respecto a su estampa física, Manuel de Castro dice que en 1467 ya era Cárdenas «maestresala de la princesa, varón de mirada vigorosa e inteligente, fisonomía expresiva y noble, de rasgos enérgicos, uno de los más sabios y esforzados

(5) GRACIA DEI, PEDRO DE, *Blasones de los principales linajes de Castilla*. Madrid, BN, ms. 1367, fol. 122v.



caballeros de su tiempo, sagaz en el consejo y acrisolada lealtad a su Señora (6)». En el año 1468 surge destellante la figura de Gutierre de Cárdenas, sobre la cual lamenta el docto franciscano que nadie se haya dedicado a fondo a estudiar su vida y ofrecer a la publicidad la semblanza completa de este hombre, que tuvo el feliz acierto de colaborar como el primero en la gran tarea de forjar la unidad nacional española, puesto que con su visión de futuro, su acertado consejo y su prudencia, convenció a la princesa doña Isabel a que casara con don Fernando de Aragón, no obstante la presión que se le venía haciendo a la princesa desde ciertos medios de que aceptara uno de pretendientes que le presentaban, dignos a cual más de figurar en un museo de antigüedades.

Dado que Isabel era huérfana de padre, y estando su madre con enagenación mental, cuando Enrique —su medio hermano— quiso unirla a pretendientes que no le convenía, la intervención de Gutierre de Cárdenas fue decisiva y certera para la princesa, orientándola a decidir personalmente, rechazando a todos aquellos sujetos que le ofrecían, inclinándose por el príncipe Fernando de Aragón. Cárdenas le informó de que eran no sólo casi de la misma edad, sino también carecía de los defectos físicos y morales que tenían los otros pretendientes que le querían imponer, y además, porque siendo heredero de Aragón y de otros reinos peninsulares, con la unión de ambos reinos lograba tener en sus manos la mayor parte de España.

Esta intervención de Cárdenas es uno de los eslabones más brillantes de la cadena de servicios prestados a España por

(6) CASTRO DE CASTRO, M., o. c. págs. 31-32. En este mismo lugar nos ofrece el testimonio de Tello Téllez de Meneses, quien nos ofrece un retrato completamente opuesto: «Don Gutierre de Cárdenas... no fue nada gentilhombre: El era de mediana estatura, corcovado y gordo y bermejo, tenía las manos llenas de pecas bermejas y muy pintadas. Con todo tuvo gran saber y, sobre todo, gran ventura con los que le trataban, y más con los reyes, de quienes le vino tanto bien por su gran cristiandad al tiempo que la Católica Reina era infanta».



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

este hombre llamado a ser esposo de aquella mujer virtuosa que Dios le daba por compañera. Hacia 1470, poco después del enlace matrimonial de los Reyes Católicos, «casó el sagaz e inteligente Maestresala de Isabel, el cual no tuvo escasa intervención en la boda regia, para lo cual aduciremos breves datos». Cárdenas fue uno de los principales protagonistas de la odisea acaecida en torno a aquel viaje accidentado que suponía sacarle de Aragón y trasladarle a Castilla sin que trascendiera la noticia y llegara a oídos de Enrique VI, que tenía colocados espías en las ciudades importantes entre Castilla y Aragón. Todo lo fue burlando Cárdenas con singular maestría, haciendo que Fernando se disfrazara de arriero y aparentara ante las gentes como uno de los criados que acompañaban a la comitiva. Llegaron sin el menor contratiempo a Castilla, preparando la primera entrevista con la princesa.

No podemos omitir la sabrosa anécdota sucedida en este primer momento de encontrarse los prometidos regios. La cuenta Argote de Molina, descubriéndonos el por qué los Maqueda lucen traer por orla de sus armas ocho SS de oro en campo rojo. Dicen que al tiempo de presentárselo, «con la muchedumbre de la gente, la princesa no sabía cuál era. Y como don Gutierre de Cárdenas considerase la duda en que la princesa estaba llegóse a ella y señalándole al príncipe, díjole: ¡Esse es, esse es! (7). Más tarde, la Reina Católica inmortalizó aquel hecho otorgando a Cárdenas que figurasen en la orla de su escudo de armas ocho SS de oro alternadas con igual número de conchas o veneras en campo rojo.

Muchos favores dispensaron los Reyes a su fiel servidor en pago de su lealtad y rectitud, pero ninguno fue tan importante como la parte que indudablemente tuvieron en el enlace de Gutierre con Teresa Enríquez, prima de Fernando, haciéndole integrar de humilde maestresala en la misma familia real. El matrimonio Cárdenas-Enríquez, lo presentan los historiadores como modelo de unión y compenetración de ambos consortes. De tanto como se pudiera decir de él, vaya este sencillo retazo

(7) Cfr. ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, Sevilla, 1588, fol. 224v.



de el *Carro de las Donas*. «Era muy buen cristiano y tenía muy buen natural de hombre y era de muy buen genio; oía misa a diario y muy devoto de nuestra Señora, como lo manifiestan las fundaciones regias erigidas en su honor». Sin embargo, añade este inciso: Pero él «no hilaba tan fino como doña Teresa», mas ella vigilaba constantemente sobre él siempre preocupada por la salvación de su alma.

Otra anécdota curiosa da a entender la diferencia existente entre uno y otro. El cargo de contador mayor que ostentaba, equivalía dentro de la simplificada administración de entonces, a ministro de justicia, de hacienda, director de aduanas, y otros cargos importantes, de tal manera que casi todos en la corte necesitaban acudir a él, y la esposa, delicadísima de conciencia le vigilaba para que no se le pegase a las manos nada de aquellos fondos que manejaba de continuo. El esposo, en ocasiones, hablando con la Reina Católica se desahogaba con ella muerto de risa: «*Señora, suplico a vuestra alteza que firme este negocio, que traigo quebrada la cabeza de los sermones que doña Teresa me ha hecho diciendo que despache los negocios y que haga limosnas que en verdad más me predica ella que los predicadores. Y como decía con mucha gracia, que era hombre agraciado, la Reina se reía y decía: «Todo es menester, comendador mayor».*

Añadamos unos detalles referentes al ocaso de este gran hombre, clave de primera línea en la última etapa de la Reconquista. Se hallaba Cárdenas con los RR. CC. en Alcalá de Henares en 1503, en el palacio del Cardenal Cisneros, cuando le asaltó la última enfermedad grave que en pocos meses le llevaría al sepulcro. Notando que le iban faltando las fuerzas y que en breve debía comparecer ante el tribunal divino, quiso disponerse debidamente como buen cristiano. De seguro su esposa estaría de continuo a su lado preparándole a bien morir. Fue en este trance supremo cuando ocurrió una escena digna de relatar que los historiadores recogen con profusión de datos. Ya había hecho testamento, de acuerdo con su esposa, la cual le buscó sabios y santos sacerdotes para que dispusieran debidamente su alma. Hizo la confesión minuciosa con sincero arrepentimiento, dándose cuenta el confesor de que



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

sus cuentas se hallaban un tanto embrolladas. A pesar de su rectitud de obrar, como había manejado tantos fondos, a pesar de la vigilancia de su esposa, le remordía la conciencia de haberse dejado llevar algo de la ambición. El confesor, siguiendo las normas canónicas y morales, le impuso la obligación de devolver todo aquello que comprendiera lo había adquirido de forma no muy honesta.

Entonces sucedió algo insólito. Habiendo presenciado tantos años el desprendimiento total de su esposa de todos los bienes terrenos, que todo era poco para entregar a los pobres, dejándose llevar de su magnánimo corazón, «quiere morir totalmente despojado de todo y dejar a los suyos un tesoro más valioso, por el cual muy cuerdamente tuvo en poco la pérdida de toda su hacienda. El ejemplo de una muerte cristiana, la fe práctica hasta las últimas consecuencias». Con objeto de llevar a cabo su ambicioso proyecto, «Cárdenas envía un recado a los Reyes y les suplica que a las muchas mercedes hechas en su vida añadan ésta de venir a visitarle». Acudieron con presteza los soberanos —que estaban en el mismo palacio—, y apenas lo tuvo delante, entre lágrimas les pidió perdón de todas las negligencias cometidas en su servicio, y que por amor a Jesucristo se dignaran admitir la renuncia total de todos sus bienes que ponían íntegramente en sus manos, para que pudieran disponer de ellos como de cosa propia.

Tanto Isabel como Fernando, a pesar de que no les venía mal aquella fortuna para afrontar tantos gastos como suponían las grandes empresas que traían entre manos, se resistían en admitir nada, pero tanto les insistió «destilando el corazón por los ojos», que ambos «con entrañas de Reyes Católicos y piadosos», le demostraron que los aceptaban de buena gana y «y habían por suyos desde aquella hora en adelante y con demostraciones compasivas le consolaron y dijeron muchas y buenas palabras ayudándole a bien morir, representándole cómo ellos eran también mortales y habían de esperar y ver la muerte y dejándole así quieto se volvieron a su aposento que era el mismo palacio y casas arzobispales, y con mucha tristeza de ver la muerte de tan buen servidor y leal Consejero suyo.»



Lo aceptaron, repito, para tranquilizar la conciencia delicada de aquel hombre que no quería comparecer ante el tribunal divino con la más leve falta. Pero ambos esposos, aún cuando tenían bien en qué emplearlo, se guardaron mucho en quedarse con nada, antes al poco de fallecer, se apresuraron a devolvérselo íntegramente a doña Teresa, ordenando que se cumpliera al pie de la letra lo que habían dejado establecido en su testamento.

3. TERESA E ISABEL

La labor que Isabel la Católica realizó en su reinado tan colosal, que he demostrado en alguna parte (8), cómo lo consiguió —aparte de su catolicidad, fervor religioso y de poseer una inteligencia superdotada— porque acertó a rodearse de grandes varones y no inferiores damas de la alta sociedad, todos/as personas cultas y henchidas de piedad. Una de las principales fue Teresa Enríquez, de su misma edad e idénticos sentimientos religiosos que ella. El padre Castro supone que se debieron conocer en la juventud en Arévalo, donde transcurrieron parte de los años: «Teresa, que pasó la juventud entre Medina de Rioseco y del Campo, debió ser bien conocida de la infanta doña Isabel, que vivió buena parte de sus primeros años en Arévalo». Esto lo supone por el trato que ambas tuvieron con los franciscanos, una en Valdescopezo y la otra en Arévalo, donde se hallaba aquel santo varón fray Llorente, que tanto influyó en la vida espiritual de nuestra princesa.

No obstante, sobre ello no existe la menor prueba documental, sino sólo suposiciones, ya que Teresa, descendiente de una de las familias más nobles de Castilla, piadosa, prudente y

(8) Acabo de realizar una pequeña obra divulgadora *Isabel la Católica, Madre de España y América*, pendiente de publicación, en la cual definiendo —sin el menor ánimo de hipérbole o triunfalismo, sino basado en los hechos— de que nuestra Reina no tiene par entres las mujeres que han ceñido corona real por tantos hechos gloriosos como el Señor se dignó esmaltar su reinado.



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

de buena presencia, de ordinario solía habitar con más frecuencia en Medina de Rioseco y Valladolid; pero se cree que tuvo entrevistas con Isabel, descubriéndose pronto su interior inclinado a la piedad, por ser ambas de mucha fe. Es creencia de que en el enlace matrimonial entre Gutierre y Teresa tuvo mucha parte la propia Isabel, la cual, agradecida a la fidelidad de su maestresala, creyó de justicia agradecersele con un buen don, poniéndole en contacto con doña Teresa, por el buen concepto que tenía de ella.

El mismo historiador lamenta de que no existan documentos sobre la fecha ni el lugar de los esponsales de don Gutierre con doña Teresa: «Creemos, sin embargo, que la boda de estos afortunados novios debió celebrarse en julio o agosto de 1473. La única pauta que sirve de orientación es un documento en virtud del cual la reina Isabel, el 6 de mayo de 1475 concertó capitulaciones matrimoniales de Rodrigo de Cárdenas, primogénito de don Gutierre y de doña Teresa, con María de Cabrera». Era corriente en la época celebrar tales capitulaciones cuando los contrayentes tenían un año o dos de edad, e incluso recién nacidos.

En cuanto Isabel conoció a Teresa, se captó todo su afecto y simpatía, estimándola como si fuera el más preciado tesoro que el cielo le deparaba. Por eso la escogió como una de sus damas predilectas que la acompañarían tanto en momentos de gloria como en los de sufrimiento. La vida de Teresa en la corte era tan piadosa, que muchas damas que llevaban vida un tanto frívola, quedaban admiradas de ella y pedían a la Reina que las permitieran acompañarla a los hospitales para repartir alimentos y dinero entre los enfermos y pobres.

Se sabe que durante la guerra de sucesión con Portugal, Teresa era una de las damas inseparable de la soberana, con la cual compartía sus gozos y sus penas, al par que la consultaba en asuntos de transcendencia. También eran penitentes empedernidas, pues siempre que acaecían asuntos difíciles, lo mismo la reina que sus damas se entregaban a penitencias públicas para pedir a Dios el buen éxito de las armas. Así, por poner algún ejemplo, «en Córdoba tomó parte en aquella ro-



gativa cuando Isabel y sus damas, descalzas, acudieron a la Iglesia Mayor demandando socorro del cielo; tomola asimismo en el solemnísimo recibimiento que se hizo al Rey cuando volvía victorioso de Ronda y Marbella, después de adelantar veinte leguas, hasta las puertas de Málaga (9)». También acompañó Teresa a la Reina en la rendición de Málaga, a la que tuvo la gentileza de invitar don Gutierre con dos días de antelación, sabiendo el gozo que recibiría, y el no menor para el ejército que la adoraba: «E la Reina por rescibir aquel placer de la ver tomar, dio fe a lo que el Comendador Mayor le escribió e partió luego. No hubiera sido completa su alegría si no la hubiera compartido con la esposa de quien se la proporcionaba (10)».

Labor destacada la de Teresa en esas visitas realizadas al campo de operaciones donde los soldados luchaban para alejar de la patria a los agarenos. Pero no se contentaba con acompañar a la Reina en la recepción de los honores que le tributaban las tropas, sino se desvivían en atender a los heridos del primer hospital que Isabel instaló en Santa Fe, sirviéndose de grandes tiendas de campaña. Allí era donde Teresa pasaba largas horas a la cabecera de los heridos, sin duda consolándoles en la tribulación o ayudando a bien morir a los más graves. Fray Alonso de Salvatierra no halla modo de ponderar su labor: «¿Quién podrá contar lo que en las guerras del reino de Granada sirvió a Dios en los enfermos, heridos, pobres y necesitados? Dios que lo sabe, le ha dado el galardón». Añade este autor que si nuestra Reina tiene el honor de haber sido la primera de fundar un hospital de sangre, Teresa bien pudieran tomarla por modelo las damas de la Cruz Roja.

Terminamos este sencillo relato sobre el contacto íntimo entre Teresa e Isabel con una tremenda desgracia que el Señor permitió, precisamente en un día de indescriptible gozo. El 3 de abril de 1497 habían acudido a Burgos para participar en la boda del príncipe don Juan con la Archiduquesa Margarita de

(9) Cfr. Teresa Enríquez, biografía compendiada, Madrid, 1979, p. 19.

(10) *Ibidem*, p. 19.



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

Austria, en cuyas alegrías no podían faltar los Cárdenas-Enríquez. En una de las cabalgatas organizadas, en medio del gran regocijo, perdió la vida Alonso de Cárdenas, al ser lanzado por el caballo que montaba. Era el hijo predilecto de Teresa al que estimaba más que a los otros a causa de sus sentimientos mejores que los del otro hermano. Se comprende la espada de dolor que traspasó el corazón de la madre, que quedó deshecho para toda la vida, aun cuando todo lo ofreció a Dios, según tenía de costumbre. Otra espada idéntica traspasaría el de la Reina al poco tiempo, porque el príncipe Juan, a quien venía formándole ella con tanto esmero para que la sucediera en el Reino, a los pocos meses de matrimonio, se lo arrebató el Señor, quedando frustradas las mayores esperanzas que tenía cifradas en él. No fue esta la única espada que atravesó el pecho de aquella mujer, fueron muchas las que se le irían sumando hasta el punto de hacerla verdadera mártir incruenta.

4. GRANDES OBRAS

Fallecido su esposo —y poco después la Reina—, hallándose ya sus dos hijos casados, se consideró Teresa totalmente libre para darse de lleno a Dios y a los pobres, al par que a dedicarse a realizar las grandes obras que desde hacía tiempo llevaba prendidas en su mente. Dando un adiós definitivo a la corte, se retiró a la villa de Torrijos donde poseía un suntuoso palacio al que solía retirarse con su esposo, para gozar de la paz y sosiego de la vida retirada que tanto le ilusionaba. No tardó en convertirse aquella casa en refugio de todos los necesitados que la asediaban de continuo pidiendo remedio en todas sus necesidades.

Las galas que se veía obligada a usar en la corte —para estar a tono con lo que exigía su alcurnia y estar al lado de la Reina—, las arrinconó por completo, contentándose con un traje modesto. Digo mal, todas aquellas joyas de gran valor las emplearía para engalanar los objetos del culto. Ordenó su casa, rodeándose de personal de toda su confianza que la ayudaran en la administración de sus bienes, que no consideraba



propios, sino de los pobres de Cristo. Por tal motivo ella misma se encargaba de supervisar los fondos que le correspondían, exigiendo cuentas claras, evitando con ello las arbitrariedades de administradores y contadores. Podía disponer cada año de unos veinte mil ducados, y con ellos, bien administrados, inició una serie de obras que la convirtieron en uno de los mecenas más distinguidos de la época. Ofreceremos aquí sólo una breve reseña de las principales.

En 1490, cuando todavía vivía su esposo, llevó a cabo la fundación del convento franciscano de Benalcázar (Córdoba). Dos años más tarde inició las obras del suntuoso convento franciscano de Santa María de Jesús de Torrijos, «fiel reflejo de san Juan de los Reyes de Toledo, y como no estaba aún concluido cuando murió su marido, lo terminó ella y dotó de riquísimas joyas y alhajas, en tal cantidad, que habiendo pasado por allí el Vicario Provincial de Castilla fray Francisco de los Angeles, manifestó escrúpulo de que los hijos de san Francisco ostentaran tanta riqueza, habiendo tratado con la fundadora para que tomara de allí mucha plata, oro y tapicería que ella se apresuró a darle gusto, empleando su importe a favor de los pobres y en surtir otras iglesias necesitadas. Dícese que esta suntuosa obra fue arrasada y demolida en 1809 por las vandálicas huestes de Napoleón.

En 1893 fundó otro convento en Cazalla. La lección del visitador de la orden en la fundación anterior fue eficaz, pues en esta ocasión, al menos, se contentó con un edificio pobre y de escasas pocas rentas, al estilo como los querría san Francisco, si le hubiera preguntado el parecer. A este siguieron otros en los cuales no podemos detenernos, casi siempre para la orden franciscana de la que era muy devota. En Torrijos fue donde más desplegó su caridad y celo, fundando el monasterio de la Concepción y la gran Colegiata dedicada al Santísimo Corpus Christi sobre el cual no es posible extendernos, porque daría materia para una obra voluminosa. Adscrito a esta Colegiata mandó erigir un seminario para 24 jóvenes llamados «mozos de coro» a fin de realzar con su presencia el culto y para cantar las divinas alabanzas.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

También en Torrijos fundó dos hospitales, uno de ellos destinado a recibir enfermos contagiosos. No se olvidó de los Santos Lugares, para los cuales destinó cuantiosas sumas. Igualmente para la Iglesia de San Pedro de Roma, y por la gran devoción que profesaban a la santísima Virgen tanto su esposo como ella, indujo a su marido a que hiciera una gran dádiva a la Catedral primada. Agradecido el Cabildo les asignó para si y sus sucesores la Capilla de Ntra. Sra. de la antigua a cuya imagen erigieron un artístico altar de mármoles con primorosos adornos y dosel de estilo gótico.

Pero no se crea que desatendía a las demás órdenes religiosas, antes prestaba ayuda a todos aquéllos que necesitaran de ella. Así en 1511 fundó en Ecija (Sevilla) un convento de padre agustinos con objeto de fomentar la formación religiosa de los niños de aquella comarca, especialmente a los moriscos recién convertidos a la fe. Fuera de éstas y otras muchas obras que pasamos por alto, veremos luego hasta donde se extendía su caridad. Aquí sólo quiero referir una anécdota relacionada con su hijo mayor, sucesor en el título, el cual no tenía tanta fe ni piedad como su madre, hallándose apesadumbrado ante su mano pródiga que repartía sin descanso a diestro y siniestro parte de sus bienes, en los cuales tenía puestos los ojos.

Viendo con harta pena que sus cuantiosas rentas iban desapareciendo por otros cauces muy distantes de sus soñadas ambiciones, y cuando los amigos entre burlones y jocosos le preguntaban qué le pasaba, respondía que, un mal poco conocido de los hombres, que era el «mal de madre», que todo era poco para dar a los pobres y hacer obras para la Iglesia.

5. VIRTUDES

Decíamos que sus cuantiosas rentas daban mucho de si, porque era ella la que exigía a los intermediarios que fueran fieles en las cuentas, por estar convencida de que todo cuanto Dios le daba era patrimonio de los pobres y necesitados, por eso su caridad se extendía en todas direcciones, de manera es-



pecial con las personas menos favorecidas de la vida, a las cuales remediaba con mano pródiga. Los años 1519 y 1520, fueron tantos los pobres que acudieron a su puerta en demanda de víveres, que se hacían insuficientes sus rentas, y hasta se corrió la voz de que Dios había multiplicado milagrosamente el trigo de sus paneras. Dicen que sufría y derramaba muchas lágrimas viendo tantas necesidades, sintiéndose impotente de poder remediarlas todas.

Entonces fue cuando una noche, en que la preocupación por los pobres le privaba del sueño, sintió una inspiración que podía ser muy eficaz para poder extender su caridad a mayor número de personas y de manera más efectiva. Después de oír la santa Misa, y con la aprobación de su confesor, mandó que en toda la villa se pregonase que todos los labradores de Torrijos y comarca que lo desearan acudieran a su presencia. Pensó repartirles ciertas dehesas que ella poseía para pasto de animales, y les ofreció gratuitamente trigo para sembrar y hasta dinero para comprar bueyes a cuantos los necesitasen para roturarlas. De esa suerte sus familias quedarían remediadas y ella sólo exigía una modesta renta con objeto de extender su caridad a otros menesterosos. Dicen que de esta idea surtió copiosos frutos, pues se multiplicaron las cosechas y tuvo con qué recoger más víveres para atender a sus queridos pobres.

Admirable manera de ejercer la justicia social que se debiera tener en cuenta todavía en algunas zonas de España donde está la tierra tan mal repartida y hay comarcas enteras en manos de dueños que sólo las tienen para su recreo, y en cambio en los alrededores multitud de familias necesitadas. Pero donde más falta hace que se pusiera esto en práctica es principalmente en América donde tanta miseria cunde en muchas ciudades y pueblos, cuyos habitantes carecen totalmente de medios de vida, cuando unos pocos son dueños de posesiones inmensas que a veces ignoran hasta dónde llegan sus límites. Éste sería el medio más excelente para acabar con el hambre en muchos países, y más aún, para asestar un golpe mortal a la guerrilla que está inundando de lágrimas a muchos de ellos, por los continuos asesinatos y secuestros. Pero esta jus-



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

ticia social tiene que partir de la verdadera fe cristiana que nos manda repartir nuestros bienes de una manera u otra con los menesterosos, y desgraciadamente es lo que más escasea.

Al hambre que azotó el país durante mucho tiempo, siguió una epidemia que inundó Torrijos de enfermos, quienes se hacinaban por los pajares y corralones, con gran peligro de que la enfermedad cundiera en la villa. Esto la obligó a ampliar el hospital que habían construido en vida de su marido, y ella misma se entregaba a servir a los enfermos y consolarles en las grandes aflicciones, y aunque ya sus años se acercaban a la vejez, sacaba fuerzas de su fe para mantenerse ejerciendo esa caridad que fue electrizante en la villa, logrando que otras señoras de buena posición siguieran su ejemplo y ayudaran a atender a los pobres, logrando institucionar aquella solicitud por los pobres, estableciendo en la villa una cofradía que se ocupara de atender al hospital después de su muerte.

Verdadera madre de los pobres, cuentan que se fijaba de manera especial en las caritas de los niños que llegaban famélicos al patio de su casa donde ella misma y una doncella repartían pan y alimentos. Su corazón se estremecía ante la orfandad de tantos inocentes que pronto sería arrastrados por la senda del vicio, lanzados al arroyo con todas sus consecuencias. Querido remediar este peligro, acudió a su confesor y entre los dos se decidieron a poner en marcha una escuela-asilo en una casa contigua al palacio. Allí se les enseñaba la doctrina cristiana, se les daba una cultura adecuada y se les especializaba en algún oficio para que ellos pudieran abrirse camino en la vida. Doña Teresa se esmeraba en que los muchachos estuvieran bien vestidos y aseados, al par que se les infundía devoción al santo rosario y a la santa Misa.

Su caridad inagotable se extendía a todos los campos donde advirtiera un foco de miseria. En su testamento dejó una manda muy importante para la redención de cautivos. Advierte que el rescate se lleve a cabo por personas expertas, rescatando a aquéllos que parecían tener mayor necesidad, sobre todos si se trataban de niños y niñas menores de 14 años, por cuanto estaban en mayor peligro de apostatar de la fe. Tampoco faltaba su



socorro a los presos. La cárcel de Alcalá fue testigo de las muchas visitas que doña Teresa realizó para socorrerla con sus limosnas. Dícese que hasta el mismo san Ignacio de Loyola, encontrándose recluso en ella —a causa de haber quitado del vicio a algunas damas y empujado a la prisión por resentidos caballeros que se aprovechaban de ellas— mereció que hasta él llegara la caridad inagotable de aquella mujer.

Con el mismo celo con que luchaba por arrancar del vicio a jóvenes y niños y amparaba toda clase de necesidades que llegaran a noticia suya, prodigaba celo ardiente para indagar la manera como estaba custodiado el Santísimo Sacramento. No sólo en la villa, sino en España entera y aún en algunas ciudades del extranjero, para lo cual repartió especie de inspectores que se enterasen pusieran remedio ofreciendo medios económicos para que el Señor sacramentado se hallara custodiado con toda decencia. Fueron tantas las iglesias a las cuales proveyó de cálices, de patenas y toda clase de ornamentos sagrados, que sería tarea muy larga de enumerar, no sólo todas, pero aún de una parte. Al hablar sobre ese punto la pequeña biografía que nos ha servido para extraer no pocas ideas que quedan expuestas, añade este anuncio que probablemente fuera profético entonces pero que hoy estamos casi seguros que se puede convertir pronto en realidad, que la Santa Sede declare heroicas, si lo juzga digno, las virtudes que aquí hemos esbozado someramente: «Bien puede llamarse a doña Teresa la precursora de las «Marías del Sagrario» y si algún día subiera a los Altares, las Marías no deberían olvidarla al tratar de elegir Patrona para su Obra».

6. «LA LOCA DEL SACRAMENTO»

Viéndonos obligados a poner fin a la presente semblanza de esta mujer de las más ilustres nacidas en el solar ibérico, sin duda se preguntarán muchos lectores cuál fue el hontanar de donde en su dilatada vida extraía aquella fortaleza física y moral para atender a pobres y enfermos, aquella ansia de fun-



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

dar monasterios donde multitud de almas consagradas dieran culto fervoroso a Dios, buscar cono afán medios para remediar tantas necesidades como llegaban a noticia suya. A nuestro modo de ver creemos que no es otro más que su gran fe robustecida e inflamada en las largas horas transcurridas en oración y adoración a los pies de Jesús sacramentado.

La mayor parte de las horas libres las pasaba en profunda adoración ante el Santísimo: «Allí se fraguó aquel anhelo que siglos antes, al santo Rey David le hizo concebir la idea de construir un templo digno en lo posible de la Majestad divina, cuya figura era el maná encerrado en el Arca Santa...Aquí no es la figura, es el «Pan vivo bajado del Cielo», a quien Teresa veía olvidado de muchos de sus hijos... Hubiera querido construirlo en todos los rincones de la tierra donde se hallase un Sagrario y rodearlo no sólo de oro y piedras preciosas, sino más aún del calor de almas amantes que entonasen día y noche las alabanzas divinas y reparasen tanto y tan desagradecido abandono».

Al menos en su villa de Torrijos quiso poner en práctica tan laudables deseos, erigiendo un templo suntuoso bajo la advocación del *Corpus Christi*, pero como tan gran obra duraría al menos ocho años, no tuvo paciencia para cruzarse de brazos y esperar a que finalizasen las obras, sino se desvivió en poner por obra su inmenso amor universal en orden vertical y horizontal: vertical, esmerándose en que el culto divino fuera digno en todas partes adonde pudo llegar su celo, y horizontal con la ayuda al prójimo, esmerándose en solucionar y costear todos los problemas que le presentaban.

Hasta tal punto sentía ansias de explayar más y más su devoción hacia el Sacramento del altar, que experimentaba una gran devoción mandando traer uva escogida de la comarca de Cebreros y ella misma se encargaba de exprimir los racimos para extraer el vino que sirviera luego para celebrar la Eucaristía, al par que ella misma cernía la harina más selecta para elaborar las formas destinadas a la celebración. Preciosa la estampa que corre entre sus devotos. En ella aparece Teresa vestida de un hábito verde, tocada la cabeza con velo casi monjil,



exprimiendo dentro de un recipiente esas uvas escogidas que le traían de lejos para el gran Sacramento. A un lado suyo aparece una custodia con Jesús Sacramentado, el objeto primordial de sus amores. Nos haríamos interminables si quisiéramos ahondar en la devoción de esta mujer hacia Cristo en el Sacramento. Sólo añadir que condecorador el papa Julio II del apostolado eucarístico gigantesco de doña Teresa hacía en España y fuera, le dio el apelativo de *Loca del Sacramento y embriagada del vino celestial*.

«Doña Teresa Enríquez —escribe Mñor. Cirarda— gloria de Torrijos, de la Iglesia en España, mujer que revela en su vida la más excelsa espiritualidad de los siglos xv y xvi, demostró tener un amor dinámico, vibrante a Dios y a los pobres y que como la mujer fuerte de la Sagrada Escritura lo volcó, en extensión y en profundidad, en lo que fue la santa obsesión de su alma, la total entrega a Dios escondido en el Sagrario. A esta gran mujer, modelo de creyente, testimonio de auténtica santidad en el matrimonio y en el mundo, hay que juzgarla por sus obras... que aún perduran. Claro ejemplo es la colegiata, orgullo de esta villa, construida para perpetuar ese amor grande y adoración a Cristo Eucaristía» (11).

Culminados sus ochenta años, entregados sin descanso a ejercer un apostolado intenso en honra de la divina Eucaristía, el Señor la llamó para sí a fin de darle el precio que tiene reservado para todos aquéllos que le aman. Era el 4 de marzo de 1529. Una vida así, de honda espiritualidad cristiana, entregada a hacer el bien en todas direcciones, a favorecer cuanto estuvo en su mano a los intereses de Dios y de la Iglesia, era digna de que el Señor le concediera una gloria sin igual en el cielo. Pienso que tanto la vida de Teresa Enríquez como la de Isabel la Católica y la de Teresa de Calcuta, si no hubiera por medio hoy unas normas canónicas que hay que seguir actualmente, bien pudieran ser consideradas santas por aclamación

(11) Retazo tomado del número 4 del Boletín informativo de la Causa de Beatificación de doña Teresa Enríquez, p. 9.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

popular, como se hacía en los tiempos antiguos hasta mediados del s. XII con aquellas personas que habían dejado tras de sí una estela de santidad, por haber sido sus vidas de una santidad llamativa digna de servir de modelo aún para las almas consagradas.

7. HACIA LOS ALTARES

Ha sido casualidad: cuando me disponía a cerrar esta biografía, me llegaron los números 1 y 4 del *Boletín Informativo sobre la Causa de Canonización de doña Teresa Henríquez*, —cortesía que debo a mi paisano el Sr. Obispo de Palencia, don Rafael Palmero, gran admirador de la Sierva de Dios—. Así puedo completar algunos datos que sólo conocía por referencias, pero no estaba seguro de ellos. Además, puedo informar del estado de los restos de la Sierva de Dios.

En honor de quienes no tienen idea de los trámites que suelen seguirse en estos actos, diré que la persona a la que se quiere instruir un proceso de beatificación —por haber muerto en olor de santidad—, hay que exponerlo primero a Roma para que autorice ponerlo en marcha. Una vez obtenido el permiso, se nombra un tribunal de teólogos que estudien y elaboren el proceso y lo lleven a cabo, siguiendo unas normas canónicas precisas, que sería largo de referir. Cuando el siervo de Dios es de época reciente, en que viven los testigos de sus virtudes, éstos tienen que deponer en el proceso todo lo que sepan en pro y en contra. Pero cuando hace varios siglos que existieron, como doña Teresa Enríquez e Isabel la Católica, entonces tiene que hacerse por vía documental, es decir, hay que aportar todos los documentos fehacientes en los cuales aparezcan sus virtudes diáfanas, que son estudiados minuciosamente primero en el tribunal creado aquí, y luego por los que tiene señalado la santa Sede, todas personas cualificadas, cargadas de experiencia.

El proceso de doña Teresa no ha despertado la más mínima contrariedad, ni el menor rechazo, como está despertando



el de la gran Reina Isabel la Católica, a quien el poder semita no la perdona, siendo así que los judíos eran huéspedes arrojados de otros países por ser sujetos poco o nada gratos, acogidos en España, al par que eran uno de los mayores obstáculos que encontraban los reyes para lograr la unidad católica de la nación. Fuera de esto, estuvo muy lejos de manchar las manos con su sangre, como lo hicieron en otros países. El proceso de doña Teresa en menos de dos años se ha llevado a cabo, habiéndose cerrado el 30 de noviembre del año 2002, y entregado en Roma en la Congregación para las causas de los Santos, que lo está estudiando.

Como agradecerá saber algunos datos relacionados con sus restos, resumo diciendo que se tiene por no pequeño prodigio el haber conservado el Señor el cuerpo incorrupto de Teresa, a pesar de las muchas vicisitudes por las que pasó y que no hay espacio para explicar. Cuando las religiosas Clarisas fueron obligadas a dejar el monasterio en 1936, subieron a una habitación del primer piso el cuerpo de la Sierva de Dios en su hermosa caja de caoba y cristal, y colocándola sobre una mesa, la taparon con una manta. En la misma habitación cerrada con llave, guardaron ornamentos y tallas pequeñas. Al entrar las tropas nacionales en la villa, unas señoritas de Acción Católica, acudieron a ver cómo había quedado el monasterio. Por todas partes: imágenes de santos mutilados, cuadros arrojados al suelo, armarios descuartizados..., en una palabra, toda una desolación. Subieron a la habitación de arriba, cuya puerta había sido resquebrajada y las imágenes estaban descabezadas y tiradas por el suelo.

Asombro grande fue para ellas cuando en mitad de la sala se hallaba el ataúd con el cuerpo incorrupto de doña Teresa en su interior, el que se conservaba intacto, y así sigue el día de hoy. Aunque no sea un milagro, como decíamos, no deja de ser llamativo que después de más de cinco siglos se conserve aún incorrupto el cuerpo de esta santa mujer. Prueba inequívoca de que Cristo le paga de alguna manera tantas horas como transcurrieron acompañándole en la soledad del sagrario, y procuró que las almas siguieran ese ejemplo.



FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

UNA SUGERENCIA

La figura que he tratado de dar a conocer en tan pocas páginas, es tan colosal y simpática, que se me ocurre una idea. Supuesto que responde con creces al subtítulo del artículo: *Honra y Prez de la Nobleza Española*, se me ocurre proponer en voz alta este deseo bien fundado: Supuesto que casi todas las entidades y estados tienen su patrono/na, ignoro si la Nobleza Española tiene ya alguno que considera protector. En caso negativo, ¿por qué no escoger como patrona a esta ilustre dama, doña Teresa Enríquez, en el momento que logre escalar el honor de los altares? Creo que una sugerencia como ésta, no es un desatino, sino una cosa muy razonable.

Quienes deseen estar al tanto de la Causa de Beatificación, pueden solicitar el Boletín Informativo a esta dirección: Monasterio de la Inmaculada Concepción, 45500 TORRIJOS-TOLEDO. Se lo enviarán gratuitamente, pero advierto que se sostiene con las limosnas que dan sus devotos. Incluso no estaría mal enviar fondos para que la Causa de beatificación se desarrolle pronto, y todos podamos contemplar en la Gloria de Bernini a esta gran mujer nimbada de esplendores como los santos.

